

## Segunda señal. Lejos del puerto

Al terminar de hacer el amor me dijo que se sentía rara. Tenía la cabeza recargada en mi pecho y me lo dijo así, sin preámbulo ni miramientos: me siento rara. Sus ojos se humedecieron y me miró con ternura. ¿Qué debía pensar yo? ¿Qué pensaría cualquier hombre si después de haberlo hecho le dicen eso? Creo que me iba a decir otra cosa quizá más importante pero escuchamos un ruido, como un golpeteo. Se oía como cuando aplastan bisteces en la carnicería. Nos callamos un momento (bueno, se calló ella, porque yo sólo la estaba escuchando). El ruido cesó. Me pidió que la abrazara, creo que decidió dejar para después lo que me iba a decir (terminar nuestra relación, supongo). El ruido regresó y ella se soltó de mis brazos y pidió, con miedo, que fuera a ver qué era. Me enredé una toalla en la cintura y caminé hacia la sala. En ese entonces vivíamos en un departamento muy pequeño en una zona, digamos, pobre de la ciudad. Tras echar un vistazo rápido y “parar oreja”, me di cuenta de que el ruido venía del baño. Se hacía cada vez más fuerte. Comencé, debo decirlo, a tener miedo. No era un ruido de gotas que caen a consecuencia de una fuga o un airecito colado que mueve algún objeto; no, era un ruido

brioso que parecía aumentar, como si alguien golpeará con desesperación. Al pasar por la puerta de la recámara, que estaba justo frente a la del baño, le hice a ella una seña para que no hablara y tomé un zapato con la mano derecha como quien blande una espada o sostiene un revólver, pensando que podría defenderme de cualquier cosa que estuviera haciendo ese ruido. El golpeteo seguía sin cesar. Abrí despacio el baño. El ruido aumentó considerablemente pero no pude ver qué era. Lo que fuera que originara el sonido estaba en la regadera y el cancel estaba cerrado. Era un baño pequeño, apenas un es-cusado, un lavabo y el opaco cancel que dividía lo descrito de la regadera. Moderé la fuerza con la que sostenía el zapato, en una especie de cálculo del posible golpe salvador. Corrí el cancel de un solo golpe y levanté con coraje mi arma del número 7 ½. Entonces lo vi (después de mirar hacia el piso porque de frente no logré ver nada). En el piso de mi regadera, que no daba a ninguna ventana, a dos mil kilómetros del puerto más cercano, a treinta minutos en coche del mercado: un enorme pez dorado, boqueando y coleteando, como si recién lo hubieran sacado del río o estanque donde habitaba.

## Tercera señal. Buen diente

Siempre he sido un glotón. Cuando era niño, en la escuela, me comía muy rápido mi lunch en el salón y luego salía al patio a ver quién no quería el suyo para comérmelo también. Las fiestas infantiles me gustaban más por la promesa de la comida que por alguna otra diversión. Fines de semana, navidad y otras festividades siempre estuvieron asociadas, para mí, a lo que se comía. A pesar de todo no soy un tipo obeso. Soy robusto, sí, pero no engordo, dice la gente, lo que debería si tomamos en cuenta lo que como. Una noche me dio hambre, no había en mi refrigerador más que una docena de huevos, y me la comí completa. Doce huevos cocidos con limón y sal. El secreto está en la confianza. Hay que confiar en lo que se come. Hay que entablar una relación estrecha con el alimento, desearlo y acariciarlo, pero al mismo tiempo dejarle ver quién manda. Hay que hacerlo de forma natural, porque el poder no se finge, se tiene. Una vez hecho lo anterior, qué se come es lo de menos. Uno puede comer incluso piedras, como dice el lugar común. Lo cierto es que todo se me antoja, no discrimino. Me gusta ponerle retos al paladar, descubrir qué contiene lo que como. No soy, debo aclararlo, un experto. No conozco de cocina ni de especias más de lo que la experiencia me ha

enseñado, y un poco la televisión. Pero me gusta. Digamos que soy un comedor entrenado mas no profesional. En esta vocación de probar de todo, he experimentado con cuanta cosa se le pueda a uno ocurrir. Me ha gustado preguntar qué se come en cada región a la que viajo, cada casa que visito es para mí una posibilidad nueva de recetas y sabores. He comido todo cuanto me han dado —me pregunto si este vicio mío no tendrá que ver con las amenazas que recibía en mi casa cuando niño, siempre me dijeron “te lo comes sin preguntar” y “te lo acabas, te guste o no”—, nunca he dicho que no a nada que no haya probado. Insectos, plantas, granos. Unos vivos aún (almejas y hormigas por mencionar algunas). Vísceras, crudas y cocidas, y una gran variedad de lo mismo hecho de otra forma: chilaquiles con azafrán, con carne de lagarto, con salsa de mango, etcétera. Al final, siempre queda un huequito para comer cualquier cosa. Pero hoy no tengo hambre. Sé que volverá en algún momento, tal vez me despierte a media noche con ganas de una torta o unas enchiladas, pero ahora no, me siento indigesto (y sobra decir que es una sensación que no suelo tener a menudo). Este malestar empezó desde temprano, cuando almorzaba con mis compañeros de trabajo y se me antojó muchísimo comerme a Martha, la secretaria. Me apeteció, así nomás. Pensé que alguien como ella debía estar muy sabrosa, que podría hacerse un buen caldo y que su carne en la parrilla adquiriría —con un poco de pimienta y ají— un muy buen sabor. Con pan árabe podría resultar un manjar. Me abrió el apetito como nunca, y al mismo tiempo me generó este malestar. Lo peor de todo es que sé que el único remedio posible para esta rareza de panza es comer lo que se me antojó.